

los aliados surgían, teniendo sus acuerdos el carácter de definitivos. Como el objeto y los motivos de la nueva simmaquia exigían imperiosamente y ante todo la conservación constante de una fuerte escuadra de guerra, pronta siempre para la lucha, se fijaron los contingentes que en buques y tripulaciones debían proporcionar los miembros aliados, y para fundar un tesoro de guerra y un presupuesto permanente, se señaló el máximo de la contribución que anualmente debía pagar cada miembro de la liga. Aristides, que había merecido la confianza general, y que se distinguía entre sus contemporáneos por su desinterés y probidad en cuestiones de dinero, cualidades que por desgracia no abundaban en Grecia, recibió el encargo de trazar un proyecto de la matrícula de los aliados; y sus proposiciones fueron unánimemente consideradas excelentes por los representantes de aquellos, que las aceptaron desde luego. El total de los impuestos que según él debían pagar todos los años los miembros de la liga, ascendía á unos 460 talentos ó sean 2.566,800 pesetas, cantidad que se depositaba en Delos y cuya administración estaba confiada á unos nuevos funcionarios, llamados helenotamios.

La nueva alianza délica se hallaba organizada de un modo más sistemático y más regular que la antigua liga peloponesia de los espartanos; á pesar de lo cual distaba todavía de revestir la forma de un verdadero Estado unido, tal cual los vemos posteriormente en el Peloponeso, en tiempo de Arato. Pero no debían pasarse muchos años sin que la hegemonía de Atenas adquiriese mayor importancia marítima que la que hasta entonces habían tenido los espartanos en el Peloponeso. Aquella simmaquia se hallaba fundamentalmente basada en el principio de la general igualdad de derechos. La determinación en virtud de la cual todos los miembros de la liga debían tener igual derecho de sufragio, parecía que limitaba en alto grado la preponderancia de Atenas; sin embargo, desde un principio se vió que esta era la potencia más importante de la liga, pues por un lado á ella correspondían los cargos de helenotamios, y el cuidado de guardar la caja y percibir las contribuciones anuales; y por otro ella era la que daba el mayor contingente, así como el general en jefe y el almirante. Y como desde un principio se presentó imponente ante los aliados jónicos por la energía, excelente dirección, celo, actividad, y aptitud ejecutiva, que desde la gran crisis nacional habían mostrado los atenienses, pronto se desarrollaron, de un modo que nadie había previsto al formarse la alianza, relaciones necesarias que convirtieron la dirección de Atenas en una preponderancia definitiva. La formación de la simmaquia délica fué muy útil bajo otros puntos de vista.

La consideración de que gozaba Temístocles en Atenas no había sido tan oscurecida por la feliz creación política de Aristides, que pudo sacar hasta cierto punto partido de los trabajos anteriores de aquel, como por las nuevas hazañas guerreras que llevó á cabo á partir de este tiempo y durante una serie de años el héroe Cimon al frente de la escuadra aliada ateniense y jónica. Una teoría histórica sostenida de nuevo con gran sagacidad y erudición, afirma que en tiempo del renacimiento de Atenas y de la creación de la alianza délica, se estableció en aquella un nuevo cargo financiero cuatrienal de *tesorero público*, que se confirió al inteligente Aristides. El funcionario que tenía el desempeño de este elevado cargo debía ser elegido por la asamblea y de entre los individuos de la misma, y debía dar á la administración financiera la unidad y firmeza necesarias: le estaba confiada la alta vigilancia sobre los distintos funcionarios de hacienda, designados por la suerte, y sobre los administradores de las cajas particulares, y especialmente la dirección de la gran caja principal para la administración del Estado ático,

siendo á la vez considerado como el jefe de la simmaquia ateniense-jónica. Este cargo tenía muchos atractivos: según los datos históricos y las inscripciones no pudo ser fundado antes de la restauración de la democracia ática que acaeció inmediatamente después de la caída de los Treinta, y se confirió á uno de los diez estrategos que anualmente eran elegidos en Atenas. El pueblo ático estableció con razón la costumbre de elegir cada año para este empleo al general esforzado que por su preponderancia moral y política sobrepujaba á sus nueve colegas, apareciendo de este modo á los ojos de los aliados como el representante personal de la fuerza del Estado ático. Bajo el punto de vista puramente militar, es de advertir durante los diez primeros años de la fundación de la alianza délica, que probablemente fueron más abundantes en hechos guerreros de lo que la tradición deja presumir.

#### VII.—ACTIVIDAD DE LOS ATENIENSES Y DE LA ESCUADRA ALIADA

La plenitud de fuerza y la incansable actividad de la joven Atenas aparecieron en todo su esplendor á partir del año 476, siendo para ella gran suerte que la calamidad de la guerra persa solo de paso se hubiese dejado sentir en las comarcas agrícolas. Las bajas que sufrió el ejército no fueron muy importantes; las fuerzas materiales de Atenas no quedaron completamente aniquiladas; y el pueblo no se encontró tan pobre, que no pudiese dedicarse exclusivamente á su regeneración económica, después de las batallas de Platea y de Micala. Las excelentes condiciones de los atenienses no les permitían dormirse sobre sus laureles á tanta costa conquistados, ni permanecer en la ociosidad. En la plenitud de su fuerza y en la convicción de que la soberanía de los mares griegos era la verdadera misión del Estado ático y el nuevo manantial de su poder y de su bienestar, explotaban la excelencia de su posición con celo y habilidad. La escuadra aliada délica, bajo la dirección de los estrategos áticos, se hallaba en incesante movimiento, y recorría el mar Egeo, los mares vecinos y las costas tracias, arrojando de estos sitios á las guarniciones persas, librándolos de los corsarios que hacían en ellos sus correrías, é impidiendo que la bandera persa flotase en los territorios del Oeste y del Norte de Rodas. En todas partes inspiraban un gran respeto á los sátrapas del gran rey, en beneficio de las plazas marítimas que todavía pagaban sus tributos á los persas. En extremo favorable fué para los atenienses que la corte persa hubiese perdido su energía y que Jerjes se abandonase cada vez más á las cínicas y crueles intrigas del harem, y pensase solo en seguir todavía la guerra contra los griegos valiéndose de la astucia, de la traición y de la corrupción. Gracias á todas esas circunstancias, las ciudades griegas del Asia Menor poco á poco pudieron romper cuantos lazos las unían con los persas. Durante este tiempo, una parte importante de la burguesía ática se encontró constantemente en la escuadra. Los atenienses, aleccionados con los audaces hechos de Artemisio y Salamina acaecidos durante la guerra de Egina, confiaban en la vida marítima, identificándose con todas las prácticas náuticas y con los movimientos de la guerra por mar, lo cual durante dos generaciones les valió una indisputable superioridad sobre todos los pueblos marítimos, así griegos como bárbaros, del Este del mar Mediterráneo. Los atenienses de la cuarta clase se ajustaron pronto á aquella estrecha disciplina, tan necesaria en los Estados democráticos y que tan difícilmente se consigue en la práctica. En este período, por un lado se nos presenta el mar Egeo como de dominio ático, y por otro la alianza délica se distingue, gracias á estos acontecimientos, por el sentimiento de su seguridad, por la conciencia de su fuerza y capacidad, y por su homogeneidad.

#### VIII.—CIMON. DECADENCIA DE TEMÍSTOCLES

Los pormenores de todos estos sucesos nos son por desgracia desconocidos. Sabemos, sin embargo, que á pesar de la tenaz energía de los valerosos comandantes persas Maskames de Dorisco, en el bajo Hebro, y Boges de Eion, en la desembocadura del Estrimon, perdieron los persas los últimos restos de las posesiones europeas de los Aqueménidas. Eion, el poderoso baluarte occidental de la dominación persa en los límites de Macedonia, después de largas luchas muy gloriosas para sus defensores, cayó por fin, en 476, en poder de los griegos. El valeroso caudillo que durante todo el período trascurrido hasta el posterior rompimiento entre Atenas y Esparta llenó de gloria su nombre en las aguas del mar Egeo, fué el ateniense Cimon, hijo del vencedor de Maraton y de Hegesipila, hija del príncipe tracio. Este invicto general, que nació entre 507 y 504 antes de Jesucristo, después de una juventud algo atolondrada en un principio, y modificada luego cuando cayó su padre en desgracia, reconquistó el esplendor de su familia por medio de su irreprochable conducta y de los servicios públicos que prestó durante la guerra con Jerjes, mereciendo por todo ello figurar en el número de los más afortunados generales griegos. Amigo del gran Aristides, á cuya política interior y exterior se había adherido lo propio que los más inteligentes Eupátridas, era por su gran talento como general, por la afabilidad con que procedía en sus relaciones con los aliados, por su intrepidez caballeresca, por su benevolencia personal y por su compañerismo, el favorito así de los jonios, como de sus propios marinos y soldados áticos.

La nueva y brillante posición que Cimon había conquistado, contribuyó á que el antiguo héroe Temístocles perdiese cada vez más la consideración que había alcanzado en Atenas. Los atenienses encontraron muy conveniente que la fuerza y el porvenir de su Estado no descansasen exclusivamente en un solo hombre y vieron con gozo que junto á generales como Aristides, Xantipo y Temístocles, apareciera un nuevo héroe marítimo que conducía sus armas á la victoria. Con esto cesó la «imprescindible necesidad» de Temístocles en el suelo ático, hasta el punto de que el antiguo león de Salamina no ejerció influencia alguna sobre ninguno de los partidos políticos. Ocurrió, además, un suceso cuyas consecuencias fueron decisivas. Temístocles inspiraba en aquel tiempo el más profundo horror á los espartanos, que difícilmente podían perdonarle la superchería con que en el año 479-478 engañó á la diplomacia peloponésica: había incurrido en la desgracia de los señores del Eurotas, cuando hizo fracasar la tentativa del gobierno espartano que quería tener la preponderancia decisiva en el consejo de las anficionias. Los espartanos deseaban ardientemente que los Estados griegos de Tesalia, Tebas y la odiada Argos, aliados de los persas, fuesen excluidos del consejo de los anficionias ó perdiesen, por lo menos, su derecho de sufragio. Cuanto menos justificadas moralmente se hallaban las exigencias de los eforos, gracias á la conducta seguida durante la guerra con Jerjes, cuanto más peligrosa podía ser para Atenas la preponderancia de Esparta en la liga de los atenienses, tanto menos debían estos acceder á los deseos de los espartanos. Temístocles, sin embargo, como representante de su ciudad en la anficionia, logró destruir la proposición de los eforos y fué desde entonces objeto del más ardiente y tenaz odio del gobierno espartano. No fué menor la pérdida de su crédito en Atenas, desde que comenzó á palidecer su estrella eclipsada por la de Cimon. Todos los intereses que había defendido ó creado nuevamente, fueron entonces defendidos por otros hombres de Estado menos pretenciosos.

La oposición contra Esparta estaba, desde la crisis de 476,

muy lejos del ánimo de los atenienses, que se hallaban sumamente ocupados, parte en el restablecimiento de su prosperidad y en el nuevo desarrollo de su comercio, parte en la lucha con los persas. En tales circunstancias, cuando no había aparecido todavía la posterior enemistad con Esparta, cuando el pueblo ático no sentía hacia las costumbres y usos de los peloponesios la antipatía que sintió después, pusieron los atenienses toda su confianza, con creciente predilección, en la dirección de Aristides y de Cimon, protegido en extremo por Esparta, quienes debían mirar cuidadosamente por la dignidad del Estado ático. Era en estos dos hombres característico el deseo de conservar, como buenos atenienses, el recuerdo de la hermandad de armas de Salamina, Platea y Micala, y de ver asegurado en seguida el pacífico desarrollo de la democracia ática que, á su modo de ver, se había ya completado, á la par que querían conservar la unión de Atenas y Esparta y deseaban que no se perdiese la cooperación moderada de este Estado. En este último sentido se encaminaron los propósitos de Cimon, que personalmente sentía grandes simpatías por los caracteres varoniles y conservadores de la vida espartana, y se halló dispuesto, mientras duró su dominación en Atenas, á perdonar á los espartanos las muchas faltas políticas que contra esta habían cometido. La opinión pública de Atica se hallaba de su parte en aquel tiempo, al paso que disminuía cada vez más la consideración que había alcanzado Temístocles, hasta el punto de que el gran poeta dramático contemporáneo suyo, Esquilo, en la célebre tragedia titulada «Los Persas» y representada en 472, en este grandioso monumento poético de las continuas luchas del mundo helénico por su independencia contra todas las fuerzas reunidas del Oriente, al describir la batalla de Salamina deja de mencionar la persona de Temístocles. El antiguo héroe, protegido por algunos partidarios que le eran muy adictos, luchó naturalmente con todas sus fuerzas contra su decaimiento hasta la inercia y la oscuridad de la vida privada, sin que nos sean conocidos los detalles de este suceso y sin que pueda fijarse con alguna seguridad, sabiendo únicamente que se encendió en Atenas la lucha de los partidos por causa suya. Por fin en 471 se apeló al ostracismo, reuniéndose en contra de Temístocles los antiguos y nuevos enemigos, el antiguo y nuevo odio, y también probablemente la influencia de Esparta. El fallo del pueblo le fué adverso y Temístocles se vió, por tanto, obligado á dirigirse á Argos, abandonando la ciudad de Atenas que perdió para siempre uno de sus más eminentes ciudadanos.

Había quedado vencedor el partido de Cimon, que fué entonces incontestablemente el primer hombre de Estado de Atenas. Preponderó todavía en Atenas la opinión que aseguraba la supremacía incontestable en la política á hombres como Clístenes y Aristides. Si consideramos que hasta la muerte de Pericles no desempeñaron papel alguno en la política los ciudadanos de origen plebeyo; si tenemos en cuenta que hasta muy entrada la guerra del Peloponeso los partidos elegían sus caudillos de entre los descendientes de la nobleza antigua, de entre los hijos de las grandes familias eupátridas, no dejaremos de recordar en los tiempos modernos como imagen de aquellos tiempos la agitación de Ricardo Cobden en la historia de Inglaterra, y poco falta para que hagamos mención de los torios y de los whigs. El partido de Cimon puede ser considerado como el elemento tory, apareciendo durante su supremacía en el interior el elemento conservador y en el exterior la alianza panhelénico-laconia, con más intensidad que en tiempo de su antiguo amigo Aristides, cuya gloria se iba ya oscureciendo.

El héroe Cimon se vió pronto libre de sus rivales. Faltaban todavía caudillos que guiasen los elementos puramente de-

mocráticos en el interior y en el exterior adictos á los espartanos, elementos que se habian reunido de nuevo, y que se desarrollaban rápidamente. Cimon se regocijaba con las simpatías que por él sentía el pueblo: dotado de un espíritu noble y elevado, guerrero valiente y heróico, general inteligente, gran político y hombre de Estado, considerado por los soldados y marineros como un excelente y fiel camarada, y como un caudillo atento y afortunado, querido por todos los plebeyos y por los pobres gracias á su conducta honrada, franca y amable y á su generosidad y hospitalidad, admirador de la vida militar de los espartanos, desconocedor de las bellas artes, pero á pesar de todo ateniense verdadero, fué la última de esas gloriosas figuras de Atenas que llevaban impreso el sello de la época de Clístenes. El poderoso vuelo de la guerra persa que habia realzado en primera línea á Atenas encontró en él su mas fiel y constante representacion. En este sentido continuó Cimon con gran éxito la guerra marítima contra los persas, para completar la alianza jónico-ática y para robustecer los cimientos de la dominacion de Atenas en los mares, teniendo la gran ventaja política de poder contener la rivalidad de los atenienses contra Esparta durante mucho tiempo.

IX.—VICTORIA ALCANZADA POR CIMON EN EL EURIMEDONTE

Estas luchas concluyeron, finalmente, con una gran batalla contra los persas, que, bajo muchos puntos de vista, forma de un modo poco satisfactorio época en la historia panhelénica. La conquista de la ciudad griega oriental de Faselis, situada en territorio licio, sacó á los persas de la actitud puramente defensiva en que hasta entonces se habian mantenido é hizo que llamasen de nuevo á las armas importantes fuerzas de tierra y de mar, mientras en los puertos fenicios, licios y panfilios se hacian los preparativos necesarios para la lucha. La isla de Chipre se perdió entonces en su mayor parte para los griegos. Tratábase de arrebatar á estos por lo menos las costas del continente asiático, y esta vez sabian bien los persas que no tenian que habérselas con el temible Temístocles. El intrépido Cimon fué quien, probablemente en 466, comenzó la lucha, dirigiéndose con 200 buques fenicios á las aguas de Panfilia y teniendo la suerte de llegar á ellas antes de que á los buques persas hubiera podido reunirse una gran parte de los contingentes fenicios. La escuadra panfilio-cilicia, que contaba 150 buques y 200 embarcaciones fenicias, retrocedió á toda prisa hácia la desembocadura del río Eurimedonte; pero Cimon la acosó enérgicamente, y obligándola á aceptar la batalla, consiguió sobre ella una victoria completa. No contento con esto y viendo que las fugitivas tripulaciones se habian reunido con el ejército persa de tierra, aventuró una nueva batalla, arrojó á los asiáticos del puerto y se apoderó de su campamento. Acto continuo hizose de nuevo á la vela para derrotar á la escuadra fenicia, compuesta de 80 embarcaciones, que navegaba en alta mar.

Esta brillante expedición tuvo bajo cierto punto de vista consecuencias muy favorables para los helenos; pues se apoderó de los persas el mismo terror que les habia asaltado en Micalé: de aquí que se mantuviesen á la defensiva y que una gran parte de las ciudades griegas del Asia Menor pudiesen atreverse, como miembros de la confederacion y protegidas por el nombre y la bandera de Atenas, á negar rotundamente los tributos á los sátrapas persas. Tales victorias hicieron que Cimon fuese incontestablemente el primer hombre de Atenas, tanto mas, cuanto que habia comenzado á eclipsarse la estrella de Aristides. La corte persa no pensaba, sin embargo, en concluir la larga lucha con los griegos por medio

de un tratado de paz, tanto menos, cuanto que el vencedor de Salamina, poco despues de esta catástrofe, habia puesto sus talentos á disposicion de la corte de Susa (1).

X.—PAUSANIAS. SU DECADENCIA. TEMÍSTOCLES EN PERSIA

El antiguo héroe Temístocles habia sido pervertido por el infame Pausanias. Este traidor espartano, llamado de Bizancio á Esparta, consiguió disculparse, abusando de su elevado cargo, y logró que los eforos no sospechasen sus intrigas con los persas. Su astucia y la gran influencia de que gozaba contribuyeron á que fuese absuelto. Despues dejándose llevar de sus pasiones y habiendo perdido toda nocion del honor, se dirigió de nuevo al Bósforo, donde cometió tales desmanes, que los atenienses se vieron obligados á arrojarlo violentamente de Bizancio. Irritado por tal accion se instaló en la Tróade y allí, en constantes relaciones con el príncipe persa Artabazo, que gobernaba desde 476 la satrapía dascilítica, y auxiliado por este con grandes sumas de dinero, trabajó largo tiempo para impedir la extension de la alianza délica y para formar, valiéndose de las cantidades que le proporcionaba el gran rey, un partido persa en varias ciudades griegas. Cuando un mandato perentorio de los eforos le obligó á regresar á Esparta, se vió bajo el peso de una denuncia de alta traicion; pero todavía consiguió su libertad; y mientras sus acusadores solo se atrevian á proceder tímida y circunspectamente contra él, pudo no solo reanudar tranquilamente su correspondencia con Artabazo, sino aventurarse á inducir á la sublevacion á los ilotas, con auxilio de los cuales pensaba convertir la débil dominacion de los Heráclidas en una soberanía absoluta bajo la dominacion persa. Algunos ilotas denunciaron este abominable plan á los eforos, pero estos obraron con reserva, hasta que finalmente un mensajero del traidor no solo presentó á los eforos las cartas que demostraban su culpabilidad, sino que les puso en estado de conocer detalladamente sus planes. Pausanias, al enterarse de que le iban á prender, se refugió en el templo de Atene Calciecos, en donde le protegia el derecho de asilo del santuario, en vista de lo cual el tribunal competente mandó tapiar las puertas, y en su interior é infelizmente encontró el traidor Pausanias un fin trágico (469).

Pausanias habia procurado atraerse á Temístocles para que le ayudase en sus péfidos propósitos; pero nunca pudo lograr que el gran hombre de Estado ático fuese su cómplice en las criminales intrigas que preparaba contra la independencia de la Grecia. Temístocles conocia, ciertamente, los planes de Pausanias; pero le repugnaba hacerse cómplice y auxiliar de un hombre como el regente espartano; sin embargo guardó silencio sobre sus proyectos y no los delató á los eforos. Cuando estos, despues de la muerte de Pausanias, descubrieron las relaciones que existian entre él y Temístocles, los acérrimos enemigos que tenia el ateniense en Esparta quisieron satisfacer su deseo de venganza. A los ojos de los espartanos pareció muy conveniente que el profundo descontento que en Grecia habia producido la traicion de Pausanias, pudiese hacerse tambien extensivo á Atenas. El gobierno espartano acusó en esta ciudad á Temístocles como cómplice en la alta traicion y propuso que el desterrado como criminal que delinquia contra toda la Grecia compareciese ante un tribunal panhelénico, es decir, ante el sínodo de los Estados griegos aliados que residia en Esparta. Los atenienses no se

(1) Algunos biógrafos niegan este hecho y dicen por el contrario que Temístocles no quiso servir á los persas contra su patria y se envenenó en Magnesia. (N. del T.)

decidian en un principio á permitir que se llevase á cabo esta odiosa persecucion contra un desterrado que tantos servicios habia prestado á Grecia; pero la tenacidad de los espartanos y el deseo de venganza de los enemigos que tenia Temístocles en Atenas, prevalecieron al fin. Aceptóse la acusacion, y como el acusado no se presentara naturalmente ante el tribunal, atenienses y espartanos procedieron de comun acuerdo contra él. El héroe de Salamina, como una fiera acosada, debió decidirse á emprender la fuga (467) dirigiéndose desde Argos y por Corcira á la corte del caudillo moloso Admeto, que de acérrimo enemigo se convirtió en el magnánimo salvador de Temístocles. Cuando Admeto no pudo ya protegerle por mas tiempo, le puso en condiciones para escaparse á la montaña del territorio interior, desde donde se encaminó por mar, escapando á duras penas de la escuadra bloqueadora anclada junto á Naxos, hácia Efeso (verano de 466), en donde le amenazaban nuevos peligros, pues el gran rey persa Jerjes no titubeó en poner á precio la cabeza del odiado é invicto marino, ofreciendo por ella la considerable suma de 200 talentos. Por último, tomó la determinacion de confiarse á la magnanimidad del rey persa, sabiendo como sabia la gran importancia que se daría en Susa al acto de entrar al servicio de los persas. Un amigo, Nicógenes de Ege en Eolias, que estaba en relaciones con la corte de Susa, le facilitó un carro cubierto, igual á los que se usaban en Persia para el servicio del harem, gracias al cual pudo llegar á Susa, en donde se presentó (julio ó agosto de 465), poco despues que el misero Jerjes junto con su primogénito habian sido asesinados por Artabano, el jefe hircanio de la guardia real. Proclamado rey el hijo segundo de Jerjes, Artajerjes I, la gran reputacion del fugitivo ateniense y la impresion que habia dejado en los persas la última derrota del Eurimedonte, contribuyeron á que Temístocles fuese solemne y amablemente recibido. Cuando poseyó el idioma persa, ejerció la mayor influencia sobre el jóven Artajerjes. Los griegos, por su parte, hubieron debido temer con razon por su seguridad, á no haberse visto el rey persa imposibilitado de atacar enérgicamente el territorio griego, gracias á grandes dificultades interiores. El proceder del salvaje Artabano contra Jerjes y su primogénito, gracias al cual Artajerjes ocupaba el trono, dió lugar á varias y serias luchas con los partidarios de aquellos: la oposicion que encontró el nuevo rey en el sátrapa de Bactriana, hermano de Jerjes, solo pudo ser dominada en 464, despues de dos sangrientas batallas.

Mientras de este modo, al lado de la gran política de los griegos y de los persas, dos de los principales caudillos de la guerra nacional iban perdiendo su prestigio primero, se habian desarrollado y extendido dentro de la alianza délica, así antes como despues de la guerra del Eurimedonte, ciertas tendencias que influyeron de un modo perjudicial en el porvenir de aquella institucion política y del Estado ático. En efecto, volviése á apoderar de una gran parte de los aliados la fatal molice jónica, que habia sido desterrada gracias á la incesante necesidad de atender á la guerra, al continuo servicio que se prestaba en los buques y á los combates de los hoplites en las costas tracias y persas. Hacíase cada vez mas intenso el agradable sentimiento de seguridad y la confianza de que los persas no renovarían el ataque, y se manifestaba de un modo cada vez mas sensible en muchos de los aliados el vehemente deseo de sustraerse á las pesadas obligaciones anejas á la guerra. Introdujose asimismo en algunas islas el descontento contra la capital de la liga, fundado en repugnantes intereses materiales; creció tambien el antiguo y perjudicial sentimiento particular de los griegos y se censuró el ataque hecho á la antigua autonomia, pensándose en disolver la alianza. Estas malas inclinaciones habian cambiado gradualmente por

completo la situacion de los atenienses dentro de la liga: la política ática se propuso satisfacer fielmente los deseos y respetar los derechos de los aliados; pero llegóse á tal extremo que la paciencia de hombres como Aristides y Cimon no pudo aguantar mas. Atenas no podia sufrir que algunas comunidades se negasen á satisfacer las cargas que como aliadas les correspondian, pues con ello se debilitaba de un modo peligroso la fuerza de resistencia y la seguridad de la alianza; y menos podian tolerar los hombres de Estado áticos que tal ó cual Estado se separase á su antojo de la alianza délica, pues la nueva situacion de Atenas y la seguridad de todos contra un nuevo ataque de los Aqueménides que cada vez se hacia mas probable, descansaban en la existencia y fuerte organizacion de la liga.

Para hacer frente al relajamiento de muchos aliados, Cimon, que no queria imitar á otros generales empleando medios de fuerza contra los descontentos, siguió el sistema de permitir á estos que abandonasen el servicio militar mediante el pago de cierta suma, ó la entrega de buques sin tripulacion. Las consecuencias de esta medida fueron dos: en primer lugar, mediante estas sumas, suplió la falta de tripulantes aliados con fuerzas militares áticas y aumentó considerablemente la escuadra ateniense: en segundo lugar, se consiguió gradualmente que la escuadra aliada se compusiese exclusivamente de atenienses, al paso que muchos aliados olvidaban el servicio de las armas, con lo cual en caso de una lucha civil, Atenas podia contar con una gran superioridad sobre los demás Estados. Cimon, sin embargo, tuvo que oponerse con las armas á las insurrecciones que ocurrieron dentro de la confederacion. El primer ejemplo que en este sentido debia cambiar por completo el carácter de la hegemonía ática, lo encontramos diez años despues de la creacion de la alianza délica.

XI.—GUERRA DE LOS ATENIENSES CONTRA NAXOS Y THASOS

La poderosa isla de Naxos, que podia proporcionar 8,000 hoplites, se habia separado de la liga probablemente antes de la batalla del Eurimedonte. Su conducta obligó á los atenienses á tomar las armas para castigar su insolencia y al fin la redujeron á la obediencia en 466, despues de un sitio tan largo como costoso. En pena de su levantamiento, la isla fué desarmada, excluida del número de los miembros aliados independientes y considerada desde entonces como un territorio vencido y tributario de Atenas, bien que conservó su gobierno propio, y se respetaron á los ciudadanos sus bienes y su ciudadanía.

En realidad los naxios no habian encontrado en la lucha con Atenas proteccion alguna por parte de los demás aliados. Su castigo, sin embargo, no atemorizó á otra isla, la de Thasos, que al poco tiempo se levantó con igual audacia contra los atenienses. Muchos de los aliados vieron con disgusto que la guerra proporcionaba grandes ventajas así políticas como materiales á los atenienses, pues despues de la batalla del Eurimedonte, Cimon conquistó todo el Quersoneso tracio. Los mas descontentos eran los thasios, pues veian que los atenienses seguian muy formalmente el plan de establecerse en las costas tracias que se extendian delante de su isla y de explotar las ricas minas de oro de la montaña Pangeon, con lo cual debian llegar á ser los naturales competidores de los thasios que poseian en aquel territorio una tierra firme y un extenso distrito minero. Los atenienses, despues que Cimon hubo conquistado á Eion, conservaron esta ciudad: una primera tentativa de subir por el Estrimon y establecerse en Enneahodoi, gran centro mercantil, fué rechazada por los edones tracios. El despecho de los thasios